

Lucretia Coffin Mott (1793-1880)



El ensayo presenta una semblanza integral de Lucretia Mott (1793–1880), destacando su papel fundacional en el feminismo estadounidense y su coherencia entre fe y acción. Desde su formación cuáquera, vinculó la igualdad espiritual con la justicia social, integrando abolicionismo, pacifismo y derechos de las mujeres. Su “Discurso sobre la mujer” (1849) constituye una defensa racional y moral de la igualdad de género, basada en una lectura crítica de las Escrituras. La obra subraya su legado como puente entre el radicalismo religioso y el feminismo moderno, y como precursora de una ética democrática que unió espiritualidad, educación y emancipación femenina.

Semblanza de su vida

En *Mothers of Feminism*, Margaret Hope Bacon (1986) sitúa a Lucretia Mott como una figura fundacional del feminismo estadounidense, cuyo pensamiento y acción surgieron de una profunda convicción religiosa. La autora sostiene que Mott encarnó el “espíritu del primer cuaquerismo aplicado a los problemas morales del siglo XIX” (p. 78). Su liderazgo, lejos de fundarse en la búsqueda de notoriedad, emanó de su interpretación radical del principio cuáquero de la *luz interior*: la creencia en la igualdad espiritual entre hombres y mujeres.

Lucretia Coffin Mott nació el 3 de enero de 1793 en Nantucket, Massachusetts, hija de Anna Folger y Thomas Coffin, en el seno de una familia cuáquera con profundas raíces en la isla. Su ascendencia se remontaba a algunos de los primeros colonos de Nueva Inglaterra, entre ellos Tristram Coffin y Thomas Macy. Según lo recuerda su discípula Anna Davis Hallowell en “James and Lucretia Mott. Life and Letters”: ‘Sus antepasados habían vivido en la isla desde su primer asentamiento por hombres blancos en 1659, y habían sido personas de prestigio en todas las generaciones.’ (Hallowell, 1884, p.18).¹ De allí, heredó el sentimiento de autonomía y religiosidad que forjara en ella una ética firme y serena que marcaría el resto de su vida.

Desde joven, Lucretia se educó en los valores de la *Society of Friends* cuáquera, la cual enfatizaba la igualdad espiritual, la sencillez como estilo de vida y el rechazo a la violencia y las jerarquías religiosas. A los trece años fue enviada al internado de Nine Partners Boarding School, en Nueva York, donde se destacó como alumna brillante, lo que más tarde le permitirá trabajar como maestra y conocer a su futuro marido James Mott. Allí descubrió por primera vez la injusticia de género que marcó su trayectoria intelectual:

Aprendió que el costo de la matrícula para las niñas era el mismo que para los niños, pero que cuando se convertían en maestras, las mujeres recibían solo la mitad que los hombres por servicios similares. La injusticia de esta distinción era tan evidente que pronto decidió reclamar para su sexo todo lo que un Creador imparcial le había otorgado (Hare, 1937, p.39).

¹ Si bien en la portada del libro dice que Hallowell es nieta de Mott, en realidad era una discípula cuáquera proveniente de una familia muy cercana a los Mott. El hecho de adjudicarle un parentesco o bien se trata de un error o de una decisión simbólica del editor.

En 1811 se casa con James y se establecen en Filadelfia, el matrimonio tendría seis hijos. La vida doméstica de Lucretia se apegó a los estándares de la época aunque también se animó a cruzar algunas barreras. Por un lado, fue una ama de casa comprometida, austera y cuidadosa; pero, al mismo tiempo, comenzó a promover sus ideales y principios con respecto a la situación de las mujeres. Además, se distinguió por su profunda coherencia entre su fe y su acción. En una reflexión personal citada por Hare, Mott afirma: “Mi vida en la esfera doméstica ha transcurrido como la de otras esposas y madres. He tenido seis hijos... y omití mucho trabajo ornamental innecesario para dedicar más tiempo a la lectura y al mejoramiento de mi mente” (como se cita en Hare, p. 176). Desde muy temprano, en un contexto donde las mujeres no podían hablar en público sin ser escandalizadas, se sintió llamada a predicar y alzar su voz, con un tono firme, aunque calmado y convincente. Ya a comienzos de la década de 1820, participa activamente en la Sociedad de Amigos de Filadelfia, siendo reconocida oficialmente como ministra cuáquera en 1821, lo cual le permitirá predicar en reuniones públicas. A partir de ese momento, empieza a desarrollar su estilo oratorio, caracterizado por la claridad moral y el rigor argumentativo. En el plano espiritual, su defensa de la libertad de conciencia la colocó en una posición crítica frente al dogmatismo religioso. Bacon subraya que “Mott rehusó aceptar la autoridad eclesiástica como fuente de verdad, sosteniendo que la luz interior era superior a toda jerarquía” (1986, p. 102). Precisamente, entre 1827 y 1828, se produce una escisión en la comunidad cuáquera entre los *Hicksitas* (más liberales) y los *Ortodoxos*. Mott se alinea con los primeros, defendiendo la libertad de conciencia. Esta postura la acercó al movimiento de religión libre, donde continuó promoviendo la idea de que la reforma social debía fundarse

en la razón y la moral, no en la coerción. Según sus palabras: “La verdad, sin importar quién la diga, debe ser escuchada” (Mott, citada en Sklar, 1980, p. 112).

A comienzos de la década de 1830, el matrimonio Mott conoció a William Lloyd Garrison, y se involucran en el movimiento abolicionista, fusionando su visión cuáquera con el pensamiento de Garrison. El abolicionismo fue la primera gran causa que unió a Mott con otras reformistas. Como señala Bacon, “su militancia antiesclavista fue la matriz de su conciencia feminista” (p. 82). La autora explica que Mott comprendió la opresión racial y de género como fenómenos paralelos, vinculados por estructuras de poder patriarcales. De ahí que expresara: “El mismo principio que me llevó a oponerme a la esclavitud me lleva ahora a trabajar por la igualdad de las mujeres” (Bacon, p. 82). En 1833, junto con otros cuáqueros, funda la Philadelphia Female Anti-Slavery Society, una de las primeras organizaciones femeninas contra la esclavitud (Reynolds, 1998). En 1838, durante la convención antiesclavista de Filadelfia, una turba incendia el Pennsylvania Hall donde Mott debía hablar. A pesar del ataque, ella mantuvo la calma y exhortó a las participantes a ser “firmes y solemnes”. Su serenidad en medio del caos la convirtió en símbolo de integridad moral frente a la violencia (Hallowell, 1884, p. 132).

Su compromiso abolicionista fue absoluto. Ella misma escribió: “Los millones de esclavos oprimidos siendo la clase más sufriente, me hicieron sentir que debía abogar por su causa en todo momento, y ponerme en el lugar de sus almas” (Hallowell, p. 334). Junto a su esposo, consideraban que la esclavitud era un crimen moral intolerable y actuaron en consecuencia, rechazando el consumo de productos fabricados por esclavos, además de negarse a comerciar algodón y azúcar. Lucretia insistía en la coherencia moral del consumidor, denunciando la hipocresía de quienes condenaban la esclavitud pero

consumían productos elaborados por mano de obra esclava. Por eso promovía el uso de productos libres de esclavitud (p. 190). Su hogar en Filadelfia se convirtió en un refugio para esclavos fugitivos y un centro de hospitalidad para reformadores y pensadores progresistas: “Su casa ha sido durante largo tiempo el refugio del esclavo perseguido; allí el hombre de color insultado es tratado como libre e igual” (Hallowell, p. 191).

Fue gracias a Garrison, que Lucretia entró en contacto con Elizabeth Cady Stanton, lo que marcó el comienzo de una amistad de por vida y su unión en la lucha por el abolicionismo y los derechos de las mujeres. En 1840, ambas viajaron a Londres para asistir a la Convención Mundial contra la Esclavitud, la cual marcó un punto de inflexión. Allí, a pesar de haber sido elegidas como delegadas, les fue negada la participación por su condición de mujer. Este hecho les reveló, por primera vez, la profundidad de la subordinación femenina. (Hallowell, p. 299). De esa experiencia nació su alianza con Elizabeth Cady Stanton, con quien planificó convocar una convención sobre los derechos de la mujer en América, la cual se llevaría a cabo recién en 1848 en Seneca Falls. Allí ambas impulsaron la *Declaración de Sentimientos*, primer documento formal en defensa de los derechos civiles y políticos de las mujeres.² Aunque fue Stanton quien redactó la *Declaración*, Mott actuó como guía moral y mediadora. “Su sabiduría, prudencia y autoridad espiritual ayudaron a equilibrar las ideas radicales de las más jóvenes” (como se cita en Bacon, 1986, p. 95). En el mismo sentido se manifiesta Sánchez Muñoz (2008) quien destaca que Mott personificó una autoridad moral capaz de conferir legitimidad espiritual a las reivindicaciones por igualdad (pp. 43-44). En el discurso que pronunció en esa ocasión, Mott afirmó que “la verdadera igualdad no puede provenir de la concesión masculina, sino

² Nos referiremos al rol determinante de la Convención de Seneca Falls en otro ensayo.

del reconocimiento del principio divino en toda persona” (como se cita en Bacon, 1986, p. 96).

Mott defendió el derecho de la mujer a hablar en público, algo inusual en su época. En su “Discurso sobre las mujeres” de 1849, pronunciado en Filadelfia ante una congregación unitarista, fundamentó esa postura “en las Escrituras” y denunció “la educación imperfecta que impedía a las mujeres ocupar su lugar en la sociedad”, llamándolas a no ser más “el juguete o pasatiempo de las horas de ocio del hombre” sino sus “compañeras racionales y educadas” (como se cita en Hallowell, p. 194). Más allá de su activismo público, Mott fue reconocida por su filosofía moral y teológica racionalista. Promovía la unidad entre religión, ciencia y moral, rechazando los dogmas que separaban la fe del conocimiento: “No se necesita reconciliación entre teología y ciencia, sino el reconocimiento de que son una e indivisible. Lo que eleva la mente y ennoblece el corazón es religión; lo que los degrada, bajo cualquier pretexto, es infidelidad” (en la misma obra, p. 451). En este pensamiento se anticipa la idea moderna de una ética universal sustentada en la razón y la conciencia.

Durante las décadas de 1850 y 1860, continuó participando en congresos, convenciones y causas humanitarias. Durante el estallido de la Guerra Civil (1861-1865), Lucretia y su familia colaboraron ayudando a esclavos liberados. Y, aunque apoyó la Decimotercera Enmienda que abolió la esclavitud en 1865, fue crítica de la Decimoquinta de 1870 que excluía a las mujeres del sufragio. De hecho, en 1866, cuando se funda se la American Equal Rights Association que propiciaba el sufragio sin distinción de sexo ni razas, Lucretia fue elegida como su primera presidenta. Durante la década de 1870, su actividad iría disminuyendo aunque se mantendría activa.

En 1875, asistió con interés a actos como el Centenario de la Sociedad Abolicionista de Pensilvania, donde fue honrada por su papel pionero (Hallowell, p. 451). Además, continuó

involucrada en las iniciativas educativas y religiosas que impulsaba su discípula y biógrafa Anna Davis Hallowell, así como en reuniones del movimiento sufragista. A partir de 1878, su salud comienza a deteriorarse, aunque sigue recibiendo jóvenes y discípulas en su hogar. Finalmente, en 1880, a los 87 años, muere de neumonía en Cheltenham, Pennsylvania. Hasta el último de sus días mantuvo su compromiso, practicando una generosidad constante hacia los necesitados y fiel a su ideal de “verdad por autoridad, no autoridad por la verdad” (Hallowell, p. 342).

Su obra más destacada

En realidad, Lucretia Mott no dejó una obra en forma escrita, sino que se destacó como oradora (muchos de sus sermones y presentaciones públicas serían más tarde reunidas en diferentes ediciones).³ Sin embargo, Mott confesó que “hablar en público fue siempre una cruz” (Hare, p. 96). Aunque, lo asumió como un deber moral. Su voz combinaba firmeza y dulzura, cualidades que, según sus contemporáneos, la hacían “capaz de persuadir incluso a un San Pablo” (p. 218). Su estilo era conciliador, no combativo. “Su influencia era siempre de armonía, buena voluntad y la más amplia caridad” (p. 218). Rehusó participar en campañas de difamación, incluso contra movimientos que desaprobaba, afirmando que “no era de su gusto estudiar una causa para refutarla” (como se cita en la obra, p. 218). Esa templanza, señala Hare, la distinguía de otras líderes más vehementes, como Stanton o Anthony.

³ Entre los más destacados se encuentran: *Speech at the Anti-Slavery Convention of American Women* (Filadelfia, 1837), *Address to the American Anti-Slavery Society* (1840), *Proceedings of the Woman's Rights Convention, Worcester, October 1850*, *Speech at the Second National Woman's Rights Convention, Syracuse, 1852*. Además de una serie de compilaciones de sermones y cartas de Mott.

Para Sánchez Muñoz (2008), Mott representa el pasaje de una sensibilidad moral y religiosa hacia una conciencia política femenina. Desde su convicción espiritual, cuestionó la idea de que la subordinación de las mujeres tuviera una base natural o divina, señalando su origen en estructuras sociales e históricas. Su discurso religioso, en consecuencia, se convirtió en una herramienta política que denunció la exclusión de las mujeres del ámbito público (pp. 45-46). Al mismo tiempo, concebía la emancipación femenina como un proceso educativo y cultural más que legislativo, en el que la verdadera libertad dependía del desarrollo intelectual, del acceso al conocimiento y de la participación activa en los debates públicos. Aunque esta perspectiva la diferenció del grupo de mujeres que a partir de la Convención de Seneca comienzan a manifestarse a favor del sufragio femenino.

En su presentación pública más reconocida *'Discourse on Woman'* [Discurso sobre la mujer] pronunciada en 1849, en Filadelfia, defendió con firmeza la igualdad entre el hombre y la mujer, desde un enfoque moral, político y religioso. Sostiene que la verdadera medida del progreso social radica en la posición de la mujer. Afirma que el estatus subordinado de las mujeres no proviene de un designio divino, sino de la interpretación errónea de las Escrituras y de las costumbres patriarcales heredadas (Mott, 1850 [discurso pronunciado en 1849], p. 2). Desde el inicio, reivindica la igualdad de ambos sexos en la creación: "Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán" (p. 2), lo que demuestra que la subordinación de la mujer no tiene fundamento teológico.

A lo largo de su discurso, Mott repasa ejemplos bíblicos e históricos de mujeres que ejercieron liderazgo —como Débora, Miriam, Ana y Priscila— para demostrar que la tradición judeocristiana reconoce la autoridad espiritual femenina (pp. 2-3). Denuncia que las interpretaciones eclesiásticas posteriores redujeron ese papel y limitaron el derecho de las mujeres a hablar en público o participar del ministerio religioso (p. 3). Así, propone una

lectura crítica de la Biblia que devuelva a las mujeres su legítimo lugar como maestras y profetas, al igual que harían sus contemporáneas, las hermanas Sarah y Angelina Grimké. En el plano social, Mott rechaza la idea de que la mujer deba permanecer en una “esfera doméstica” pasiva. Argumenta que la verdadera feminidad se expresa en la educación, la acción moral y el trabajo social (p. 6). Retoma ideas de Catharine Beecher sobre la necesidad de la educación física e intelectual de las mujeres, pero las expande hacia una noción de independencia moral y económica (p. 5). A su juicio, el progreso femenino no implica perder delicadeza o modestia, sino transformar esas virtudes en fuerza moral y racional.

Hacia el final del discurso, Mott aborda las desigualdades legales y políticas. Señala que las leyes matrimoniales anulan la identidad jurídica de la esposa —al fundirla con la del marido— y las califica de “una vergüenza para cualquier nación civilizada” (p. 10). Critica que las mujeres paguen impuestos sin tener representación política y describe esta situación como “esclavitud política” (p. 10). Reclama la revisión de las leyes de propiedad, matrimonio y ciudadanía, exigiendo que se reconozcan los derechos civiles y políticos de las mujeres. Al concluir, proclama una visión igualitaria del matrimonio en que “la independencia del marido y la mujer será igual, su dependencia mutua y sus obligaciones recíprocas”. (p. 13).

En *“Text in Context: Lucretia Coffin Mott’s ‘Discourse on Woman’”* (1995), David Henry señala que el discurso de Mott debe entenderse como una respuesta directa al argumento de Richard Dana⁴, quien sostenía que las diferencias entre los sexos eran “leyes naturales” establecidas por Dios y que el papel propio de la mujer debía limitarse al ámbito doméstico

⁴ Richard Henry Dana, Sr. pronunció una conferencia en 1838 titulada “Woman”, que es a la que refiere Henry.

y moral. Mott, en su presentación, invierte la lógica de Dana al afirmar que la igualdad espiritual y moral entre los sexos proviene de la propia creación divina. Para ello utilizó la Biblia, que dominaba a la perfección, y la razón moral como fundamentos para cuestionar la desigualdad, mostrando que el sometimiento femenino era una construcción cultural y no una verdad teológica. (pp. 13-14). Henry concluye que el texto de Mott debe considerarse una obra canónica del discurso público estadounidense y un hito en la construcción de una retórica feminista moderna, al demostrar cómo una mujer, desde su exclusión, transformó la palabra en una forma de resistencia y autoridad

Legado en el movimiento de las mujeres

Mott fue una de las figuras más visibles, activas y respetadas en el espacio público reformista del siglo XIX estadounidense. Desde su nacimiento hasta su muerte en 1880, participó de forma constante en convenciones, asambleas, comités y organizaciones que impulsaban la abolición de la esclavitud, la libertad religiosa, la paz y los derechos de la mujer. Como oradora, rompió con los moldes de su época, lo cual provocó hostilidad social y religiosa hacia ella. Los periódicos la tildaban de “mujer desenfrenada que ridiculizaba la religión y usurpaba las funciones del hombre” (Hare, p. 215). Sin embargo, Lucretia continuó defendiendo su postura. Su vida fue un testimonio de equilibrio entre el deber doméstico y el compromiso cívico, entre la fe y la razón, entre la firmeza y la compasión. Su rol en la esfera pública no consistió en ocupar cargos, sino en ser una conciencia visible de la justicia, una referente moral que traspasó generaciones. Hare presenta a Mott como mentora de la generación siguiente, ya que fue consejera de Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony, a quienes alentó desde los primeros años del movimiento sufragista (p. 194).

Sánchez Muñoz, destaca que Mott concibió la emancipación de las mujeres no como un logro jurídico inmediato, sino como un proceso de transformación cultural sustentado en la educación. La libertad femenina, en este sentido, se vincula con la posibilidad de cultivar la razón, ampliar el acceso al saber y participar activamente en la esfera pública. Esta concepción sitúa a Mott dentro de la tradición del feminismo ilustrado, que confía en la educación y en el perfeccionamiento moral como motores del cambio social (p. 48). Mott, a través de la palabra, la acción y el ejemplo, abrió un camino que unió espiritualidad y justicia social, feminismo y humanismo. Su legado fue preparar el terreno para las generaciones que continuarían la lucha por la igualdad civil y política de las mujeres.

Margaret Hope Bacon, afirma que Mott “fue el puente entre el radicalismo religioso de los primeros cuáqueros y el feminismo moderno” (p. 105). Su legado, más espiritual que institucional, radica en haber articulado una visión de la igualdad que trascendió el marco jurídico, entendiendo la emancipación como un proceso moral y educativo. Bacon reconoce que, aunque Mott no presenció la obtención del voto femenino ni la abolición completa de la esclavitud, “su vida fue el testimonio más elocuente de la coherencia entre fe y acción” (p. 106). Su feminismo, basado en la ética de la convicción, demostró que las reformas sociales podían fundarse en valores religiosos sin perder su carácter progresista. Según esta autora, “Mott representó el espíritu de un feminismo que buscaba la igualdad sin renunciar a la ternura, la firmeza sin la violencia, y la razón sin el dogma” (p. 107).

Por su parte, Vetter (2021) propone leer a Lucretia Mott como una precursora del feminismo democrático y antirracista. Su pensamiento, arraigado en la espiritualidad cuáquera, defendía la igualdad universal, la participación cívica responsable y el respeto a la diversidad. Como señala Mott al iniciar su *Discurso sobre la Mujer*, “nada es de mayor

importancia para el bienestar de la sociedad en general —del hombre tanto como de la mujer— que la verdadera y apropiada posición de la mujer” (p. 1).

Referencias

Bacon, M. H. (1986). *Mothers of feminism: The story of Quaker women in America*. Harper & Row.

Encyclopedia Britannica. (n.d). *Declaration of Sentiments*.
<https://www.britannica.com/event/Declaration-of-Sentiments>

Greene, D. (Ed.). (1980). *Lucretia Mott: Her complete speeches and sermons*. Edwin Mellen Press. <https://archive.org/details/lucretiamottherc0000mott/mode/2up>

Hallowell, A. D. (Ed.). (1884). *James and Lucretia Mott: Life and letters*. Houghton, Mifflin and Company.

Hare, L. C. M. (1937). *The greatest American woman: Lucretia Mott*. Harper & Brothers.

Henry, D. (1995). *Text in context: Lucretia Coffin Mott's "Discourse on Woman."* *Rhetoric Society Quarterly*, 25, 11–19.

Mott, L. (1850). *Discurso sobre la mujer [Discourse on Woman]: pronunciado en los Assembly Buildings, el 17 de diciembre de 1849. Informe taquigráfico completo, revisado por la autora*. Boston: T. R. Marvin. (Discurso pronunciado en 1849).

Reynolds, D. S. (1998). *Waking Giant: America in the Age of Jackson*. New York: HarperCollins.

Sánchez Muñoz, C. (2008). Genealogía de la vindicación. En E. Beltrán & V. Maquieira (Eds.), *Feminismos: Debates teóricos contemporáneos* (pp. 17-73). Madrid: Alianza Editorial.

Sklar, K. K. (1980). *Lucretia Mott: The Birth of Reform in America*. New York: Hill and Wang.

Vetter, L. P. (2021). *Elizabeth Cady Stanton and Lucretia Mott: Radical 'co-adjutors' in the American women's rights movement*. *British Journal for the History of Philosophy*, 29(2), 244–258. <https://doi.org/10.1080/09608788.2020.1864281>